

HOMENAJE A VALENTIN PANIAGUA CORAZAO



Capítulo 17

COMITÉ EDITOR

Javier Arias-Stella / Juan Incháustegui Vargas
Alberto Adrianzén Merino / Gustavo Bacacorzo / Marita Castro Pisfil /
Domingo García Belaunde / Marco Jamanca Vega /
Francisco Miró Quesada Canturías / Luis Ortega Navarrete /
Henry Pease García / Marcial Rubio Correa / Débora Urquieta /
Alberto Velarde Yañez / Juan Manuel Velarde



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a Valentín Paniagua Corazao

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:
Fondo Editorial PUCP
Primera edición, noviembre de 2010
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-941-5
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-14040
Registro de Proyecto Editorial: 31501361000964

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

EL ARTE DE GOBERNAR UN PAÍS DIFÍCIL: VALENTÍN PANIAGUA, UN PRESIDENTE QUE NO PUDO ELEGIR EL PERÚ

Efraín Gonzales de Olarte

El Perú es el país del absurdo y la paradoja. Es un absurdo que hayamos tenido a la dupla Fujimori-Montesinos gobernándonos casi por diez años y una paradoja que no hayamos podido elegir a alguien como Valentín Paniagua Corazao, en las antípodas morales y políticas de aquellos que hoy están en el banquillo de acusados. Valentín Paniagua llegó a ser presidente casi por azar, cuando en un momento de profunda crisis política y moral apareció su figura salvadora. Los votos no lo llevaron a la presidencia, sino el capricho de la historia en un país donde los electores no eligen al mejor sino al menos malo o menos peligroso.

La gobernabilidad, la democracia y el desarrollo fueron los temas que constituyeron el eje de las preocupaciones de Valentín Paniagua. Su permanente estudio de los temas constitucionales fue su forma profesional de acercarse a estos temas y su continuación fue la política. Fue un abogado en primera instancia, un político en segunda y un hombre de Estado en tercera. Pero lo más importante fue su amor por este país, sus gentes y sus problemas.

Para los jóvenes cusqueños de los años sesenta del siglo pasado, Valentín era un ejemplo a seguir, aunque difícil de alcanzar, pues muy joven había logrado lo que a varios les tomaba décadas: ser diputado y ministro de Estado antes de los treinta años. Era un auténtico fuera de serie. En aquellos años, algunos simpatizamos y militamos en la juventud demócrata cristiana, donde era él era uno de los líderes y tuvimos ocasión de alternar con él en un plano distinto al amical. El que me convenció de entrar en la Democracia Cristiana fue un común amigo, Jesús Cavassa, muerto en el accidente de Lansa de 1970, a quien Valentín apreciaba mucho. Pero la primera vez que conversé con él fue en la ocasión del matrimonio de su hermano Edmundo. Me impresionó por su sencillez, seguridad e inteligencia. De él había escuchado hablar a muchos cusqueños, amigos, parientes, había seguido las noticias de su carrera política, pero no había tenido la ocasión de hablar con él. Aquella ocasión confirmó mis expectativas e hizo

que me interesara aún más en la acción política, es cuando conocí a Carlos Blancas y Jaime Montoya, dos jóvenes líderes de la JDC que vinieron al Cusco y conversaron con los pocos simpatizantes en el local del comité que quedaba en un segundo piso de la Plaza de Armas, al costado del bar-restaurante Buenos Aires. Allí se refirieron a Valentín como una referencia y como líder nacional.

La siguiente vez que vi a Valentín fue muchos años después, pues yo viajé a Europa a hacer estudios de posgrado y volví al Cusco el año 1974, en plena revolución y dictadura velasquista. Enseñé Economía por casi cuatro años en la Universidad Nacional del Cusco y comencé a investigar sobre la economía de los campesinos de la región y sobre temas de desarrollo. En agosto de 1978 partí del Cusco, invitado como profesor visitante de la Pontificia Universidad Católica del Perú en Lima, donde me establecí definitivamente y durante todos estos años trabajé en la Católica y en el Instituto de Estudios Peruanos. En la primera enseñaba en el segundo investigaba. Es en los años ochenta, no me acuerdo en qué fecha exacta, que me volví a ver con Valentín. Él se había incorporado a Acción Popular y al retorno de la democracia en 1980 formó nuevamente parte del gobierno del arquitecto Fernando Belaunde, esta vez no como ministro de Justicia sino como ministro de Educación.

Fue durante el primer gobierno de Alan García que nos volvimos a frecuentar ya de manera periódica. Lo invité al Instituto de Estudios Peruanos varias veces para intercambiar análisis y participar en seminarios académico-políticos, a la sazón era director del IEP. En aquella época organizamos muchos seminarios y conversatorios a los cuales invitamos a dirigentes de todas las tendencias políticas, recuerdo que vinieron al IEP Valentín, Javier Arias-Stella, Gastón Acurio padre, Manuel Moreyra, Alberto Bustamante, Eduardo Orrego, Alfonso Grados Bertorini, Jorge Trelles (entonces de Acción Popular), Carlos Roca, Edmundo Murrugarra, Manuel Piqueras, Alfonso López Chau, entre otros.

El IEP se había convertido en un sitio de encuentro neutral entre distintas tendencias políticas, que deseaban consolidar la democracia recuperada y que habían perdido la costumbre de disentir sin romper o crear un nuevo partido, como fue la costumbre de la izquierda de aquella época. La mezcla de investigadores profesionales, algunos intelectuales de antiguo y nuevo cuño y políticos antiguos, nuevos, jóvenes y maduros, hizo de los seminarios del IEP un referente latinoamericano de búsqueda de los caminos para encontrar soluciones democráticas a problemas estructurales no resueltos: la desigualdad, la pobreza, el atraso de la sierra, la persistencia de los campesinos, el excesivo «ideologismo»¹,

¹ Constatamos entonces, que el Perú era un país productor de ideólogos: José Domingo González Prada, José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre, Abimael Guzmán, Hernando de Soto.

la informalidad, la crisis del estado, etcétera. El año 1985, el IEP organizó una reunión inolvidable con la presencia de casi un centenar de académicos, «intelectuales» e investigadores, que se reunieron con el presidente más joven que ha tenido el Perú: Alan García Pérez. En aquella ocasión, el novel presidente dejó impresionado a varios de los asistentes, por su rapidez al responder las preguntas o comentarios, por su versación sobre una serie de temas y por sus dotes literarias. En el IEP no tuvimos la ocasión de hacer lo mismo con los siguientes presidentes.

La idea de estas reuniones era aproximar los diagnósticos, análisis y propuestas de investigadores en economía, sociología, antropología, ciencia política, educación, a los políticos o los denominados «hacedores de políticas» (*policy makers*) para pudieran aprovechar las conclusiones en la formulación de sus propias propuestas de gobierno. Teníamos, en el IEP y en otros centros de investigación, la secreta esperanza de que nuestros trabajos también sirvieran para cambiar, gobernar y desarrollar nuestro país, pues no se puede cambiar lo que no se conoce o lo que se conoce superficialmente. Varias de las entidades que financiaban investigaciones estaban convencidas de que no había que desperdiciar «recursos escasos» en trabajos teóricos, sino en temas con aplicación concreta e inmediata en la formulación de políticas públicas. El Banco Mundial, la Fundación Ford, el IDRC-ACDI, eran las principales fuentes financieras para este tipo de investigaciones *policy oriented*. En consecuencia, las reuniones con líderes políticos, con tecnócratas políticos, con funcionarios públicos de carrera, eran parte de esta idea.

Con el tiempo nos dimos cuenta de que la única manera de influir en la política en el Perú es participando personalmente en ella. Quizás entonces, si uno ha investigado, algo le puede servir el conocimiento adquirido. Lo que sucede a menudo es que existe una corriente ideológica dominante que es la que inspira o da la pauta para la formulación de las políticas públicas. La gente del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional han sido profesionales en dictar a los gobernantes lo que debían hacer en materia de lucha contra la pobreza, para mejorar la educación, para reducir la inflación, y dados los resultados de estas políticas, conocidas como las del Consenso de Washington, sus recetas no funcionaron, salvo la del control de la inflación por la vía sanidad fiscal. Por ello, reunirnos con políticos experimentados con posibilidades de gobernar, como Valentín, Juan Incháustegui, Manuel Moreyra, Alfonso Grados Betorini, Alberto Borea, Lourdes Flores, Beatriz Merino, Javier Diez Canseco,

Ningún país latinoamericano ha producido tal cantidad de ideólogos con gran predicamento y variada peligrosidad.

Enrique Bernales, Miguel Vega Alvear, Abel Salinas, Pablo Checa, Carlos Torres y Torres Lara y tantos otros, fue un ejercicio deliberado de aproximar nuestros conocimientos directamente a estos líderes y ver hasta que punto era posible la concertación política para un mejor gobierno.

Mi cercanía con Valentín me permitió tener conversaciones privilegiadas sobre los problemas económicos y políticos del Perú. Siempre me impresionó su sentido común y su sentido de la política, dentro de cánones éticos cristianos solidamente labrados en el fragor de la no siempre «sancta» política peruana.

La crisis de los partidos políticos en el Perú, y en otros países, se puede medir por su incapacidad de generar cuadros e ideas renovadoras propias o no poderlas producir dentro del partido. Esta capacidad la perdieron durante los últimos treinta años o no la pudieron generar los partidos jóvenes. Así, las posibilidades de hacer políticas públicas, innovadoras o no, pasaban por tomar prestadas las ideas del pensamiento único o pensamiento dominante (llámese neoliberalismo) o por recibir directamente de los investigadores y académicos sus aportes e ideas. Así llegamos a un sistema político donde las personas con predicamento o con liderazgo se convierten en las «instituciones» capaces de proponer los cambios y las reformas de llegar al poder, en lugar de que sean los partidos. La situación actual me releva de mayor comentario, pero lo fue también en la época de Fujimori y de Toledo.

La peor etapa de la historia reciente del Perú ha sido la del fujimorato, período en el cual el Perú se volvió un país liberal al mismo tiempo que se convertía en un país con un Estado muy corrupto. La combinación de una triple crisis a fines de la década de 1980 —económica, política y estatal— no presagiaba una solución fácil y el gobierno Fujimori, novato en gestión del Estado pero ducho en la politiquería universitaria, fue el gobierno que elegimos los peruanos, en lugar de la amenaza neoliberal encarnada por el escritor Mario Vargas Llosa. Escogimos el mal menor, sin presentir que el elegido tomaría el programa de gobierno del derrotado, por lo menos en el plano económico, y en la práctica escogimos a un pragmático que hizo lo más fácil: seguir la fórmula dominante del momento: el neoliberalismo con las recetas del Consenso de Washington, pero que no contaba con credenciales éticas ni morales conocidas. Pero la gran sorpresa es que en un ambiente de crisis política y de descrédito total de los partidos políticos, Fujimori y el grupo de personas que lo acompañaron decidieron el destino económico, político y moral del Perú con agendas y pensamiento desconocidos. La principal decisión de este grupo fue el autogolpe del propio Fujimori, bajo la asesoría del abogado y ex militar Montesinos, que convirtió la democracia peruana en una dictadura disfrazada de elecciones «democráticas» absolutamente manipuladas.

Ante tal estado de cosas, se comenzó a generar una oposición creciente de muchos sectores que habiendo votado por Fujimori se dieron cuenta de su equivocación. El mejor momento para enderezar la historia fue en 1995, cuando se organizó políticamente una verdadera Unión por el Perú encabezada por el embajador Javier Pérez de Cuellar, a la que nos unimos varios sectores políticos e independientes, dentro de los cuales obviamente estuvo Valentín Paniagua y muchos otros demócratas que trataron de recuperar la democracia en la urnas. Pero el intento fue vano, pues la dupla Fujimori-Montesinos fraguaría el primer fraude electoral de su vergonzoso paso por la política y por el gobierno.

La principal característica del fujimorato, que le permitió gobernar un país tan desigual como el Perú, fue seguir una política macroeconómica favorable al sector empresarial y a la libre empresa y una política social que con recursos fiscales ordinarios y extraordinarios (ingresos por las privatizaciones) permitió la construcción de cientos de colegios, postas médicas, infraestructura básica que fue inaugurada y entregada personalmente por el presidente Fujimori, con un estilo político populista y clientelista propio de los mejores regímenes tradicionales y de las dictaduras. Así tuvo apoyo de los de arriba y de los de abajo, mientras que la clase media se comprimía o migraba hacia abajo en la escala social. Lo notable es que la política macroeconómica no generaba mayor equidad ni disminuía la pobreza, pero se compensaba con la política social. Así parecía asegurada la estabilidad del fujimorato, pues los mecanismos que le daban legitimidad y popularidad se seguían reproduciendo, sobre todo porque las recetas del Consenso de Washington no estaban diseñadas para reducir las desigualdades ni la pobreza y el gobierno seguía a pie juntillas las recetas del FMI-BM. Sin embargo, todo este sistema casi perfecto para mantener dictaduras estaba basado en la disponibilidad de recursos fiscales, sobre todo porque los pobres seguían aumentando en términos absolutos y las desigualdades se hacían más evidentes. Además, un sistema semi autocrático con una cúpula como la de Montesinos-Fujimori y con recursos, no tardaría en generar uno de los gobiernos más corruptos de nuestra historia.

Sin embargo, a partir de la crisis asiática, seguida por la crisis brasileña, los capitales dejaron de llegar al Perú a la velocidad con que vinieron antes. Esto se tradujo en la reducción paulatina de los recursos por privatizaciones y hacia fines del año 1999 la crisis económica tocó las puertas de la dictadura y la popularidad del presidente comenzó a declinar. En esta mala coyuntura económica, a Fujimori le dio por hacer nuevamente trampa y quererse reelegir y quedarse en el poder por un tercer período, lo que resulta casi un paso natural en regímenes altamente corruptos.

El año 2000 los peruanos asistimos atónitos a un conteo de votos que desafió todas las leyes estadísticas, pues en boca de urna había ganado el oponente de Fujimori, Alejandro Toledo, pero a medida que se escrutaban los votos los resultados cambiaban a favor de Fujimori cada vez que el escrutinio se acercaba al 100% de los votos. Era obvio que se habían manipulado los resultados, con una desvergüenza propia del que controla los poderes fácticos (la economía, los medios de comunicación y las Fuerzas Armadas). Pero el tercer mandato de Fujimori no duraría más de dos meses, pues en setiembre del 2000 se descubrió en vivo y en directo un verdadero sistema de corrupción totalmente filmado y documentado. Un asustado Fujimori finalmente huyó del Perú al Japón, renunció por fax a la presidencia y se confirmó su nacionalidad japonesa y su cobardía para asumir sus responsabilidades.

El temporal político que se desencadenó a raíz de la huida de Fujimori no tenía buen presagio. Sin embargo, se guardaron algunas formas democráticas y por alguna vez se respetó la Constitución y se siguieron los mecanismos contemplados en ella para una sucesión en el gobierno en caso de una vacancia presidencial. El caso es que los dos vicepresidentes de Fujimori también renunciaron y fue el Congreso la instancia encargada de nombrar un presidente de transición. En una circunstancia tan especial, no había campo para las alianzas ni compromisos, sobre todo por el descrédito de la bancada fujimorista, que tenía mayoría pero que por razones obvias no podía proponer un representante suyo. Es en este escenario que apareció la figura de Valentín Paniagua como la única persona de consenso, capaz de conducir un gobierno de transición en una coyuntura especialmente difícil. Curiosamente, Valentín no había obtenido una gran votación preferencial cuando fue elegido congresista el año 2000 y si el criterio hubiera sido el caudal electoral obtenido no habría podido ser presidente.

Fue providencial su elección, pues un político ducho como él, ante la situación de crisis, lo primero que hizo fue formar un gabinete con los mejores peruanos, no solo por sus cualidades técnicas, sino sobre todo por sus credenciales morales. En situaciones de crisis, los principios éticos son fundamentales para remontarlas. Con Javier Pérez de Cuéllar a la cabeza como presidente del Consejo de Ministros y Canciller se conformó lo que fue uno de los mejores gabinetes que haya tenido el Perú. Esto permitió tranquilizar las embravecidas aguas políticas y calmar los mercados internacionales.

La transitoriedad del gobierno fue tomada en serio por Valentín Paniagua, al punto que hacia abril del 2001 su altísima popularidad y un clamor popular abogaban por una prolongación de la transición. Sin embargo, él había prometido fechas de elecciones y entrega de la presidencia a un nuevo gobierno democráticamente elegido y lo cumpliría, sí o sí. La legitimidad política se basa

en la credibilidad y esta se basa en el respeto de la verdad. En un país donde el anterior presidente había mentido cuando dijo que respetaría la Constitución y dio un auto golpe, que hizo dos elecciones fraudulentas, que despreció a cualquiera que se le oponía, un comportamiento como el de Valentín no solo era una novedad, sino que parecía no corresponder a la cultura generada durante el fujimorato, caracterizada por principios como «primero haces luego explicas», «no soy un caído del palto», o la mentira como denominador común. Quizás esa sea la razón por la cual Valentín solo saco unos trece mil votos, en un país venido a menos éticamente por el estilo del fujimorato. La crisis moral y ética es la peor herencia que nos ha dejado el gobierno de Fujimori y que nos tomará mucho tiempo en superarla, si es que la superamos.

Siendo un constitucionalista, Valentín Paniagua no solo predicó con el ejemplo, sino que en varios momentos dio lecciones de manejo estatal respetando la Constitución vigente, pese a que esta fue el resultado de un compromiso internacional del fujimorato para salir de la crisis generada por el auto golpe de Estado. La idea del imperio de la ley sobre las voluntades y los deseos de los individuos, por más atinados y equilibrados que fueran, era importante para él si quería construirse una nación democrática.

Siguiendo su promesa cuando juramentó, el presidente Paniagua entregó el 28 de julio del 2001 la banda presidencial a Alejandro Toledo, quien le ganó con las justas a un recién retornado Alan García. El de Paniagua fue un gobierno corto, pero muy eficaz en varios sentidos.

Durante casi todo el período de Alejandro Toledo 2001-2006, Valentín Paniagua encabezó las encuestas de popularidad política siempre por encima del 60%; solo cuando comenzó la campaña electoral en el segundo semestre del 2005, esta declinó. Su talla de estadista y de constitucionalista hizo que lo requirieran permanentemente, tanto en el Perú como en el extranjero, para dar conferencias, presidir comisiones de control electoral y otras actividades. El Gobierno de Transición había incrementado su figura de estadista y de gran personalidad política.

Al poco tiempo del inicio de su gobierno, me llamó por teléfono para pedirme que me hiciera cargo de la COPRI (Comisión de Promoción de la Inversión Privada), el órgano creado por el gobierno de Fujimori a instancias del FMI y del Banco Mundial, cuya principal tarea fue en realidad privatizar las empresas del Estado y, a partir de ahí, atraer inversiones privadas, sobre todo del exterior. Acepté inmediatamente, pues creía que a un gobierno de transición y a un presidente como Paniagua había que apoyar con toda la voluntad posible en el cargo en el que uno pudiera aportar algo. Sin embargo, no me quedó claro por qué quería que me hiciera cargo de esta entidad, coto de los neoliberales duros,

teniendo yo una ideología de desarrollo humano, democrática y humanista. Así que le pedí audiencia, para que me señalara cuál era su idea y qué encargo me quería dar para ejecutar en tan pocos meses alguna tarea. Me recibió en Palacio de Gobierno, con la jovialidad que le caracterizaba, me abrazó, me agradeció por mi aceptación y me explicó que quería que evaluara cómo se habían hecho las privatizaciones, el curso de los fondos, los procedimientos utilizados. En breve, quería saber si este proceso había sido favorable a los intereses del Perú. Además, era obvio que quería que las privatizaciones continuaran, pues era muy consciente de dos cosas: que aún habiendo sido Fujimori el que inició esta reforma, se trataba de una política de Estado y para él esto era muy importante por su raigambre constitucionalista y de hombre de Estado de derecho, y había que continuar. Por otro lado, era todavía más consciente de que el mundo se globalizaba y que las inversiones y entrada de capitales eran cruciales para el desarrollo del Perú.

Mi gestión en la COPRI estuvo supeditada a un directorio presidido por el ministro de Economía Javier Silva Ruete, e integrado por el ministro de Industria, Turismo y Negocios Internacionales, Juan Incháustegui, el de Energía y Minas, Carlos Herrera Descalzi; de Agricultura, Carlos Amat y León; de Transporte, Luis Ortega; Emilio Navarro, de Vivienda; y el ministro de Pesquería, Ludwig Meier. En los pocos meses que estuve con ellos, hasta el fin del Gobierno de Transición, se avanzó en los proyectos en marcha y concluimos nuestro mandato con la privatización de las centrales de generación eléctrica del Centro, que permitió un ingreso de 200 millones de dólares a las arcas del Estado.

Al término del Gobierno de Transición, Valentín se reincorporó a la Universidad Católica, donde era uno de los pocos profesores investigadores a tiempo completo. Publicó dos tratados sobre temas constitucionales. Es ahí donde nos veíamos a menudo y siempre hubo momentos para conversar ya sea en su oficina de Jesús María, en la Universidad o en alguna reunión académica o política o algún matrimonio o velatorio de cusqueños comúnmente conocidos.

En el año 2002 colaboré con el PNUD como asesor especial del Informe de Desarrollo Humano del Perú, dirigido por Luis Vargas Aybar. Una de las principales tareas fue establecer el Consejo Consultivo del Informe e invitamos a Valentín Paniagua, en tanto que ex Presidente de la República, junto con otras seis personalidades. Este informe, que denominamos «Aprovechando las Potencialidades» quiso transmitir un mensaje de las grandes posibilidades que tiene el Perú si se valora la participación de todos y sobre todo si los menos favorecidos y los pobres participan de manera activa para abogar por sus derechos como personas de tener oportunidades para desarrollarse. En la presentación del informe le pedimos a Valentín que hablara en nombre del Consejo Consultivo.

Aquella tarde, él había tenido una reunión lejos del local del PNUD y llegó justo a tiempo para iniciar la ceremonia y, sin palabra escrita alguna, dio un discurso de diez minutos que grabamos y transcribimos casi sin cambios, pues él hablaba «en limpio». Pero lo más sorprendente para los encargados del informe fue que su mensaje estaba plenamente imbuido de la filosofía del desarrollo humano. El siguiente párrafo de aquella inolvidable presentación lo califica como un profundo humanista:

[...] también es importante que recuperemos, de una vez por todas, el sentimiento de dignidad inherente a la persona humana. Falta, en efecto, en nuestra nación una apropiada autoestima. Es importante que el ciudadano recuerde que es una persona humana, plena de dignidad, que tiene derechos y que tiene la obligación moral, consigo mismo y con los demás, de hacerlos valer. De defender sus derechos, de hacerse presente en la vida social y de no permitir el atropello de su más significativa característica como ser humano. Restaurar en definitiva, la autoestima en el Perú es fundamental. La pobreza, al fin y al cabo, no es solo la insuficiencia de recursos. Es el sentimiento de abandono, de menosprecio. Es la falta de fe y esperanza en una sociedad que no es sensible o que no es capaz de percibir el drama terrible que significa vivir no solo en carencia de bienes sino, fundamentalmente, en carencia de sueños y esperanzas. La tarea que nos aguarda para lograr el desarrollo humano en el Perú es vasta y múltiple que puede y debe aprovechar, tal como dice el título de este informe, las potencialidades existentes. Aquí hay una nación agitada por la aspiración, la necesidad y el sueño del progreso (*Informe de Desarrollo Humano, Perú 2002. Aprovechando las potencialidades*. PNUD, Lima 2002, p. 12).

La claridad de su pensamiento sobre el objetivo de una sociedad, de un Estado o de un gobierno se refleja en el párrafo anterior. Aquellas palabras fueron realmente inspiradoras y, al mismo tiempo, provocadoras para avanzar en diferentes direcciones para tratar de establecer un paradigma de desarrollo y de gobernabilidad democrática cercano a las carencias y vacíos de nuestra sociedad. Un pensamiento como el suyo solo podía plasmarse en un contexto político de concertación y entendimiento que hay que construir en el Perú sobre la base de la confianza, que según él es uno de los factores imprescindibles para la construcción de una sociedad moderna con principios éticos capaces de organizar la convivencia civilizada en base a la libertad, la justicia y la solidaridad.

El *Informe del desarrollo humano* del 2002 fue un éxito rotundo y colocó en la agenda política y social peruana este nuevo paradigma, en una perspectiva distinta a la del Banco Mundial o el Banco Interamericano, para quienes desarrollo humano es equivalente a educación, salud y protección social, que son medios para que las personas puedan desempeñarse de la mejor manera en la sociedad,

en base a sus capacidades. Luego vendrían otros dos informes que continuaron sembrando nueva doctrina, teoría e instrumentos para proponer un desarrollo centrado en las personas. Justamente, lo que Valentín pensaba.

Creo que a inicios del 2005, Francisco Durand me llamó para invitarme a una reunión con varios «técnicos» y académicos, propiciada por Valentín, en un hotel de San Isidro. Era obvio que tenía la intención de terciar en las siguientes elecciones y creo que trataba de conformar un entorno intelectual y de técnicos de un amplio espectro ideológico. Entre los convocados estuvieron Luis Alberto Arias, Alberto Adrianzén, Humberto Campodónico, Félix Jiménez, Jorge Chávez, entre otros y estuvo acompañado de Juan Inchaústegui, Alberto Velarde y Jorge Ramírez de Acción Popular. En esta reunión, que tuvo el carácter de lluvia de ideas, Valentín recibió diversos diagnósticos e ideas sobre la situación económica, política y social de este grupo e invitó a colaborar en el futuro para constituir un gobierno de amplia base. En aquella reunión me sentó a su lado y me pidió que dijera algunas palabras sobre la situación económica. Aparte de un breve análisis de la situación económica, caracterizada por crecimiento económico con escasa generación de empleo «decente», de una pobreza que no se reducía y de una desigualdad inmovible, señalé lo que después repetiría varias veces: que el Perú requería de un gobierno de concertación en el cual debían participar la izquierda democrática, el centro y la derecha no ultraliberal, es decir, todos aquellos sectores capaces de ceder posiciones y planteamientos a cambio de una plataforma común. Solo sobre esta base se podría pensar en elaborar un plan económico que fuera capaz de incluir las demandas de todos los sectores y, aún más, solo sobre una plataforma así se podría profundizar la democracia y generar una nueva clase política. Para mí el establecer una amplia alianza política era un tema crucial, pero para Valentín, que conocía bien el espectro político y a los políticos, le parecía un objetivo a alcanzar en futuro mediano y no una pre condición electoral. He ahí la diferencia entre un académico voluntarista y el político ducho conocedor de los límites de la capacidad de ceder que hay en los dirigentes políticos peruanos.

Poco después, Valentín me invitó al local de Acción Popular a presentar un diagnóstico y propuesta económica para el desarrollo del Perú, ante una asamblea del Partido que presidía. Es ahí, y ante una distinguida asistencia, que presenté por primera vez el modelo de Desarrollo Integrador, Descentralizado, Exportador y Sostenible (DIDES) para el desarrollo humano.

A partir de aquella presentación, Valentín me pidió apoyar el Frente y su candidatura. Yo siempre había dicho que participaría en política solo si alguien de credenciales morales intachables me lo propusiera. Ya que los partidos políticos han perdido el peso que deberían tener, había que estar alerta al llamado de

alguien como Valentín Paniagua, con quien obviamente teníamos enormes coincidencias sobre temas económicos, sociales, regionales, de descentralización, temas políticos y sobre la gobernabilidad del Perú, además de ser obviamente un *llactamasi* cusqueño. La confianza que me otorgó para hacer las coordinaciones necesarias para tener buenas propuestas en tan diversos temas que se requieren para gobernar y hacer política de una manera moderna y democrática, hizo que tuviera que dedicarle tiempo a estas tareas. Además, me pedía opinión sobre diversos temas o tomaba decisiones en la campaña sobre algunos temas con previa opinión mía, lo que obviamente me halagaba. En verdad, me hizo sentir importante y útil en una cruzada para llegar a completar lo dejado en esbozo durante el Gobierno de Transición. Por lo demás, dichas ideas fueron incorporadas y utilizadas en la campaña del Frente de Centro (AP-Somos Perú-CNI).

Sentí, sin embargo, que el DIDES no había sido suficientemente explicado y difundido, sobre todo en su relación con el Desarrollo Humano, entendido como la expansión de capacidades y derechos de las personas para generarles libertad en un marco de oportunidades iguales. En verdad, no tuve tiempo de conversar detenidamente con Valentín las distintas aristas de esta propuesta filosófica, basada en las capacidades y los desempeños que pueden alcanzar las personas por sus talentos y calificaciones, ante un neoliberalismo excesivamente centrado en las cosas, antes que en las personas. Creo que Valentín fue un humanista desde sus orígenes socialcristianos, pero lo fue más en los años de la defensa de la democracia y creo que le interesó la propuesta que hice a pedido suyo, que a continuación sintetizo.

La idea central era establecer un marco y una estrategia dentro de los cuales las políticas públicas y las acciones privadas deberían ayudar a corregir el modelo económico actual en el que predominan las exportaciones primarias y los servicios urbanos sobre los otros sectores y que en su conjunto no permiten corregir los problemas de desigualdad y exclusión.

La primera idea central que le señalé era que el crecimiento debía ser funcional al desarrollo humano y no al revés. Todos los peruanos deberían tener derecho a tener al alcance los medios que les permitan ser o aspirar a lo quisieran ser.

Las metas instrumentales para facilitar el desarrollo humano de los peruanos deberían ser las siguientes: 1. Generar *empleo decente*, el cual debe caracterizarse por ser formal, con condiciones de trabajo adecuadas y con una remuneración en función de la productividad. 2. Promover una *educación de calidad*, que incida en una mejora de la calidad de la primaria y secundaria y que incluya la educación superior, muy ligada a ciencia y tecnología. Se requiere de una revolución de la educación con cobertura total y con metas de calidad mesurables anualmente. 3. Asegurar una *cobertura de salud mínima* para todos, en base a

una alimentación adecuada, un sistema de salud preventiva universal y de salud curativa mínima. 4. Reducir el déficit de *vivienda e infraestructura sanitaria básica*. De todas metas, a la que más énfasis le puso Valentín fue a la educación y a la salud, pues estaba convencido de que la educación era el remedio para resolver el problema de la desigualdad de oportunidades y para promover la democracia en el largo plazo.

Para alcanzar estos objetivos se requiere de un crecimiento económico sostenido y sostenible, en todas las regiones del Perú, sobre la base de *desarrollo integrador, descentralizado, exportador y sostenible* (DIDES), bajo cuyas premisas se organizarían las principales acciones y políticas de desarrollo.

La idea central del modelo DIDES es que la integración es el proceso de conexión económica y social que permite la inclusión de personas y territorios en el proceso de desarrollo. En un país extenso y geográficamente variado y complejo, hay que promover dicha integración de manera descentralizada en cada ciudad, pueblo, barrio, asentamiento humano o comunidad campesina. El medio más efectivo para estar integrado en una sociedad moderna es participar en los mercados de bienes o de factores, para ello se requiere alcanzar ciertos niveles de competitividad en la oferta en función de demandas ubicadas en la ciudad más próxima, en la ciudad más grande (Lima) o en el exterior. Es decir, es necesario exportar desde el sitio donde se produce utilizando los factores, recursos y potencialidades del lugar. Finalmente, este encadenamiento de objetivos debería ser sostenible en el tiempo en un doble sentido: sostenible en el uso de recursos naturales y la preservación del medio ambiente, y sostenible socioeconómicamente, es decir capaz de generar un círculo virtuoso de crecimiento con redistribución, para asegurar la sostenibilidad y estabilidad política.

Partimos de la idea de aceptar la débil articulación e integración socioeconómica de los peruanos y de las regiones, por ello propusimos como primer componente metas de integración en tres niveles. Integración física, a través de un vasto programa e inversiones públicas y privadas para incrementar los caminos, los aeropuertos, los puertos, para completar la interconexión energética y la de comunicaciones. Sobre esta base, habría que promover la integración económica, a través de las políticas económicas que permitan incrementar el tamaño y profundidad de los mercados de bienes, servicios y factores. Siendo la inversión privada el principal instrumento para promover el desarrollo de mercados, habría que orientar la inversión pública para que esta pudiera promover condiciones para la inversión productiva y en recursos humanos. Esto significaba modernizar el papel del Estado para promover una mayor integración estatal a través de la inclusión total de la población en los bienes y servicios públicos ofrecidos por el Estado a través del gasto social. Adicionalmente, le propuse

potenciar las políticas sectoriales ausentes en el modelo neoliberal, pues constituyen los medios de integración productiva de aquellos sectores escogidos para ser promovidos. En buena cuenta, tratamos de instrumentalizar el pensamiento de Valentín sobre la reforma del Estado con la esperanza de que la ejecución de las políticas públicas ayudara a redefinir y modernizar la política.

Otro aspecto caro a Valentín era la descentralización. Como este es uno de los temas sobre los que he investigado, le señalé que la descentralización estatal por sí sola era insuficiente para corregir los vicios del centralismo y del desarrollo regional desigual y que era necesaria la desconcentración económica territorial para generar un desarrollo económico regional convergente, única manera de resolver la desigualdad socio económica del Perú. Para tal fin había que promover la exportación en una perspectiva amplia. La exportación interna (que las distintas regiones vendan sus productos entre sí, para reforzar la división social del trabajo) debía ser la base de la exportación internacional. Le señalé que, salvo para los minerales y el gas, se requería crear una oferta exportadora con ciertas escalas para poder alternar en los mercados internacionales y ello solo podría hacerse en base a una estrategia exportadora que involucrara hasta al último productor, aún así este no fuera el exportador directo. La idea le entusiasmó, pues de lograrse este objetivo se estaría fortaleciendo la integración económica y cerrando el círculo virtuoso de exportar para integrarse e integrarse para exportar. Basado en estas ideas es que propusimos al Frente la idea de promover «regiones exportadoras» en contraposición a la propuesta de Alan García de «sierra exportadora». Tras las regiones exportadoras existen sociedades regionales y locales que la promueven, tras de las cuales hay personas que participan y toman sus destinos en propias manos. Era el desarrollo humano en acción.

Uno de los temas que preocupaba a Valentín sobre la reforma del Estado dentro de una perspectiva descentralista era la redefinición de las políticas públicas. Para administrar las transformaciones que se proponen en el DIDES era necesario establecer una matriz de políticas públicas que permitiera una coordinación entre los distintos niveles de gobierno y una armonía en los distintos objetivos de las políticas públicas. En el proceso de descentralización hay una redefinición de las funciones de los tres niveles de gobierno. El *gobierno central*, con un ámbito territorial nacional, tendría a su cargo el diseño y ejecución de las políticas macroeconómicas y de todas las políticas públicas de orden nacional (justicia, internacional, seguridad nacional, etcétera). Además diseñaría y financiaría total o parcialmente las políticas sectoriales y sociales, y sería el coordinador general. A los *gobiernos regionales* les correspondería la ejecución de las políticas sectoriales y de inversión pública descentralizada, diseñarían sus planes de desarrollo regional y coordinarían con los gobiernos locales acciones

de políticas sociales y de desarrollo. Los *gobiernos locales*, —195 municipalidades provinciales y 1828 municipalidades distritales— deberían tener como función ejecutar parte importante de las políticas sociales y coordinar con el gobierno central y con los gobiernos regionales su financiamiento y diseño.

La idea era construir una estructura de políticas públicas y de niveles de gobierno con mecanismos de coordinación institucionalizados, con delimitación de funciones, con mucha participación de la población en los tres niveles de gobierno. Esta era la estructura de un estado unitario moderno descentralizado que requeriría el DIDES y que Valentín veía con mucha simpatía.

En buena cuenta el DIDES necesitaba de una nueva matriz estatal que permitiera la transformación de la política, en la medida que redefiniría los espacios de participación ciudadana, se descentralizaría la representación política, etcétera. Basado en estos aspectos es que insistí en la necesidad de un gobierno de concertación de amplia base política. Pues una perspectiva así tiene objetivos de largo plazo, ya que muchas de las reformas —como la descentralización— requieren de acuerdos de este tipo, que trascienden a varios gobiernos, y sus objetivos no deben variar cada vez que hay cambio de gobierno. Creo que Valentín simpatizó con estos planteamientos desde mi exposición en el local de su partido y en el Frente de Centro.

Conversamos varias veces sobre estos temas durante la campaña. Me dijo, además, que el DIDES ya le estaba haciendo ganar votos. En la Comisión del Plan, bajo la experimentada dirección de Juan Incháustegui, le dimos contenido y precisiones a los temas principales y a los sectores que deberían ejecutar los planes, obviamente de llegar al gobierno.

Desafortunadamente la campaña no fue favorable al movimiento liderado por Valentín, entre otras razones y desde mi modesta perspectiva de invitado al Frente, porque no hubo un diseño apropiado para enfrentar a tres candidatos tan disímiles como Alan García, Lourdes Flores y Ollanta Humala. En primera instancia, hubo incapacidad o quizás imposibilidad de hacer las grandes alianzas², frente a lo cual se planteó un frente un poco más restringido y con menor raigambre política, pero no se pudo plasmar aquel frente amplio que necesita la democracia del Perú para perdurar. En el Frente no se logró incorporar a las tres tendencias del espectro político, al alejar a Yehude Simon y Susana Villarán, representantes de partidos de izquierda democrática, con lo que el Frente tenía en Valentín Paniagua al más centrista y progresista de todos. Es obvio que el

² Llegar a una concertación con el APRA y Unidad Nacional y un conglomerado de izquierda democrática hubiera sido ideal para dar estabilidad a la democracia. Pero todo parece indicar que el sistema político del Perú no está preparado ni doctrinaria ni culturalmente para dar un salto cualitativo de esta naturaleza.

Frente nació debilitado y los resultados posteriores solo sancionaron este error. Además, la salud de Valentín no era buena para una campaña tan dura. Sin embargo, creo que al margen de los resultados electorales, el Frente no logró implantar una idea nueva o un concepto político distinto, capaz de perdurar y trascender a una campaña electoral, con lo cual es poco probable que el Frente se pueda replicar en el futuro, y menos aún sin un líder de la talla de Valentín Paniagua. Este es, obviamente, el problema que avizoraba Valentín, para quien la política requiere de partidos doctrinarios y programáticos. Sin estos requisitos la política se reduce a procesos electorales marcados por el movimientismo y los frentes electoreros coyunturales.

Creo Valentín era consciente de todos estos temas, sabía que la campaña no prendía —pese a que guardaba ese entusiasmo que le conocimos desde joven—, pero estaba más preocupado por el sistema político, por las generaciones de recambio. Una noche de aquellas, nos quedamos conversando en su oficina de Jesús María hasta un poco tarde y su preocupación era esa: pensaba firmemente que para hacer política se requiere de gente preparada y moralmente buena, pero de todas las edades. Aquella noche comprendí que Valentín veía aproximarse el momento de comenzar a entregar la posta. Lamentablemente, los partidos, el suyo en especial, no han logrado interesar e incorporar masivamente nuevas generaciones de militantes y de políticos jóvenes. Además, creo que hoy la política peruana se entiende más con la teoría microeconómica (todo el mundo trata de maximizar sus beneficios personales) antes que con la Ciencia Política. Se ha desnaturalizado la política y creo que Valentín Paniagua estaba ahí para darle el contenido grande que debería tener para llevar a los pueblos al desarrollo civilizado y equitativo. El principal vacío que nos ha dejado es precisamente el de no contar con un líder para las grandes transformaciones que requiere el Perú.

La última vez que hablé con Valentín fue el 28 de julio del 2006. Lo había visto participar en la transmisión del mando en el Congreso de la República por televisión y en la tarde lo llamé. Se alegró de mi llamada, pregunté por su salud, pues supe que estuvo delicado. Me contó que se estaba recuperando y quedamos en vernos después de Fiestas Patrias, para retornar a los temas académicos. Volvería a la Universidad y la calma académica nos haría olvidar la última campaña electoral.

Valentín supo gobernar un país difícil en una de sus peores horas. Estaba hecho para afrontar desafíos. Lamentablemente, los peruanos no hemos sido capaces de elegir al mejor, solo alcanzamos a elegir al menos peligroso. Esto no habla bien de nosotros. Ojala que honremos su memoria corrigiendo este gran error en el futuro.

Finalmente, me doy cuenta de que mi amistad con Valentín se dio en torno a muchas ideas, a posibilidades de acción, a la necesidad de actuar para transformar y mejorar la situación de nuestros pueblos, como él solía decir. Una amistad forjada pensando en los demás es de aquellas que enriquece la vida y trasciende más allá de la experiencia personal, por ello le estoy agradecido y lo recordaré siempre.

Lima, junio de 2008